



Ana Bustamante. Encuentro con lo sutil.

Geografías de lo que ha sido: Ana Bustamante

Ana Bustamante en la exposición *Geografías de lo que ha sido* nos presenta la arruga como metáfora generativa. Al arrugar papeles o diferentes materiales aplanados (la acción, el verbo), ella cristaliza en imágenes o en secuencias de piezas momentos del proceso en el que la materia va quedando compactada, sustantivada en arruga, (“fossilizada”, como dice ella). De ese modo, un acto efímero, como es el arrugar, toma la forma de un hecho aparentemente definitivo.

La arruga, si lo pensamos, nos permea en muchos sentidos: es memoria, sus pliegues escriben en nuestra piel y en la geografía las historias de lo vivido. Es también proceso, que, al decir de la lexicógrafa María Moliner, es “el tiempo que se expresa” en todo lo que vive y muere. Así mismo, la arruga resulta de una acción cotidiana, la de compactar o desechar, instalada en nuestra cultura de consumo, que se expande más allá del reino de las cosas hasta abarcar todo lo

viviente, amenazado en su mágico y delicado equilibrio.

En su trabajo, Ana va y vuelve con facilidad entre la arquitectura, el diseño de espacios públicos y el arte. En uno de esos regresos, encontró accidentalmente la arruga cuando desenmarcaba unos de sus collages que se habían pegado; al separarlos, los arrugó sin querer. Con su mirada atenta al azar y a los pequeños acontecimientos, el arrugamiento le abrió un camino para sus exploraciones, que resonó profundamente con su propia historia.

Cuando era todavía una niña, Ana perdió a su padre en un accidente vial. Ese impacto, ese acto fatal de arrugamiento, implicó un quiebre que transformó por completo su vida. La presencia protectora y amorosa de un padre se convirtió en ausencia, se transformó en acontecimiento inmaterial, invisible e intangible, que comenzó a habitar formas sutiles, casi imperceptibles y, a la vez, certeras, pues como la luz, aunque incorpórea, posibilita un mundo rico para experimentar. Se creó así un diálogo, una memoria que ahora se expresa a través de la arruga.

Para Isabel Cadenas, la memoria “huye de la rigidez y la estabilidad inherentes a lo forjado y apunta hacia un proceso, en esencia inestable y en construcción”. Es un proceso en el que concurren tanto ese pasado recordado, con sus imágenes, como las formas en las que podemos interpretarlas y representarlas en el presente; por esa razón, no puede ser estático. Walter Benjamin decía: “lo que ha sido se une como un relámpago al ahora en una constelación”. Estas constelaciones que nos presenta Ana Bustamante son, para mí, destellos de memoria en los cuales el acto de arrugar, como el de recordar, no se limita a asociaciones pesadas, ni

a imágenes fijas en el tiempo; y aunque hacen parte del proceso, no se anclan allí.

El trabajo de la artista es expansivo de múltiples maneras: se abre al espacio público, a las acciones participativas, a diferentes medios; además de la escultura y de la arquitectura, emplea la fotografía, el grabado o las instalaciones. Utiliza materiales versátiles, desde los más frágiles y translúcidos, hasta los más compactos y rígidos, y en ellos condensa diferentes acciones: algunas involuntarias, como las huellas del tiempo lento, dibujos que hacen pequeños organismos que por años imprimen su hacer en la cubierta de un invernadero, y que ella utiliza en forma de panel; otras, luminosas y móviles, como sus estructuras semi transparentes. Algunas más son acciones voluntarias y se relacionan con el tiempo inmediato, como el moldeado o el aplastamiento del material. También son producto de la mirada distante, como las arrugas de la tierra vistas desde el aire, o de la mirada más próxima que se detiene en la ciudad.

En su serie “Rumores”, Ana toma el rumor, materia informe y volátil, para condensarlo en un mapa, en una cartografía... el rumor es como la memoria, no produce un relato lógico ni lineal, sino uno con quiebres y desajustes, por lo que se parece más a un mapa. En estas nuevas series, la materia es ausencia transformada en mapa, en huella, en memoria, en movimiento, en gesto, en luminosidad, en sutileza y en levedad. Lo que parecía un daño irremediable, un aplastamiento, un deterioro, una falta, una historia fijada en una fecha, un peso, devino en cartografía y, como un susurro, hizo audible la presencia de la vida que continúa. De esa manera son, para mí, sus *Geografías de lo que ha sido*.

Imelda Ramírez.